

EL MARCO SOCIAL Y LAS CONDICIONES DE LA REVOLUCION *

Por S. N. EISENSTADT

I

INTRODUCCION. LA PERCEPCION DE LAS REVOLUCIONES Y SUS CAUSAS EN EL ANALISIS SOCIOLOGICO

En este trabajo estudiaremos un problema central y, sin embargo, descuidado en el análisis de movimientos sociales, cambio y revolución, a saber: si los movimientos sociales de características aparentemente similares —sea en términos de fines, organización o intensidad— pueden dar origen, en sociedades o marcos históricos diferentes, a resultados estructurales diferentes; analizaremos este problema en el marco de los estudios de las revoluciones.

En la literatura sobre movimientos sociales y revoluciones ha predominado el supuesto muy arraigado —y a menudo implícito— de que a mejor organización y articulación de un movimiento social, mayor será su impacto o efecto estructural en la transformación del sistema social y político existente. De todos los movimientos sociales las revoluciones se perciben como los más intensos, los más organizados y articulados y, por consiguiente, también como los que tienen los efectos de más largo alcance y las causas más profundas» [J. C. Davies (ed.), 1970; C. J. Friedrich (ed.), 1966; J. R. Gusfield, 1970; S. P. Huntington, 1962; Chalmers Johnson, 1964; Bruce Mazlich, A. D. Kaledin, D. B. Ralston (eds.), 1971].

* Este trabajo es un estudio preliminar de una obra más amplia sobre las revoluciones y la dinámica de las civilizaciones en la que el autor trabaja actualmente. Por razones de espacio las notas a pie de página se reducen al mínimo. En la obra ampliada *Revolutions and the Transformation of Societies*, The Free Press, Nueva York, 1978, se encontrarán especificaciones más amplias.

Todas estas suposiciones eran evidentes en la imagen de la revolución «auténtica» o «real» que se ha desarrollado en el discurso intelectual moderno y en el análisis sociológico. Esta imagen se componía de tres dimensiones principales: «violencia», «innovación» y «totalidad», las cuales caracterizaban el proceso revolucionado e igualmente sus causas y efectos (Eugene Kamenka, 1966; Melvin Richter, 1966).

Normalmente se suponía que el proceso de la revolución estaba compuesto de varias formas de acción colectiva: rebeliones, heterodoxias intelectuales o religiosas y construcción de instituciones políticas centrales. Esta combinación generaba en tales movimientos grandes capacidades organizativas, así como una ideología de protesta social altamente elaborada, especialmente de vena utópica y emancipadora (izquierdista). Ideologías basadas en símbolos de igualdad, progreso y libertad que presumiblemente conducen a la creación de un orden social mejor.

De forma similar, las causas de la revolución se veían no sólo en frustraciones o dislocaciones momentáneas, sino más bien radicadas en factores sociales profundos, sobre todo en luchas interelitistas, la combinación con otras fuerzas sociales como la lucha de clases y la dislocación, movilización social y articulación política de amplios grupos sociales nuevos emergentes (Lawrence Stone, 1972, esp. caps. 1, 3-5).

Al mismo tiempo se consideraba que los resultados de las revoluciones contenían las dimensiones de violencia, innovación y totalidad. Esto se manifiesta de muchas formas. En primer lugar, en la desintegración del régimen político existente, sus disposiciones constitucionales y las bases de su legitimación y sus símbolos. En segundo lugar, en el desplazamiento de la *élite* política en el poder o de la clase dirigente por otra. En tercer lugar, en el desarrollo concomitante de cambios de largo alcance en todas las esferas institucionales principales de la sociedad, sobre todo en las relaciones económicas y de clase. Esto conduce a la modernización de gran parte de las esferas de la vida social, al desarrollo económico, a la industrialización y a la centralización y participación crecientes en la esfera política. En cuarto lugar, existía la creencia en una ruptura radical con el pasado, en la discontinuidad respecto a él, aunque desde Tocqueville la relatividad de tal discontinuidad ha sido plenamente reconocida. En quinto lugar, dado el elemento marcadamente ideológico y «milenarista» de la imaginería revolucionaria, también se suponía que las revoluciones traerían consigo no sólo cambios institucionales y de organización, sino también otros morales y educativos que crearían o generarían un hombre nuevo.

Tal visión de las causas, proceso y efectos de las revoluciones ha influido mucho en el análisis de los diferentes tipos de movimientos sociales y sus

resultados. Normalmente los demás tipos de movimientos, procesos de cambio y resultados se solían graduar en escalas determinadas. Se medían por su mayor o menor aproximación al tipo ideal de revolución y de total transformación social. De este modo, uno de los temas centrales de la literatura sobre revoluciones y movimientos sociales era la distinción entre revoluciones «reales» «completas» y revoluciones más parciales o semirrevoluciones, tales como los simples *golpes de Estado* o cambios dinásticos, suponiendo generalmente que los últimos ocurrían en la ausencia de conflictos sociales «más profundos». Muchos estudios sobre movimientos sociales en general y rebeliones campesinas en particular han distinguido también entre las condiciones que sólo conducen a «rebeliones» o *golpes de Estado* por un lado y las revoluciones reales por otro [*Política Comparada*, abril 1976; Henry Landsberger (ed.), 1969, 1974; Jeffrey Paige, 1975].

Pero la mayoría de estas investigaciones no indagan las condiciones bajo las cuales se combinan en formas distintas los diversos elementos en la imagen de la revolución pura. Rara vez se ha cuestionado bajo qué condiciones las diversas formas de acción colectiva y de consecuencias estructurales se presentaban unidas o a la inversa, bajo qué condiciones alguno de estos componentes —tales como el simbolismo ideológico, la violencia política, los cambios de régimen y la transformación social— podían aparecer en constelaciones diferentes. Por tanto, también rara vez se ha cuestionado sobre cuándo las condiciones que originan movimientos sociales organizados y articulados no conducen a resultados y transformación revolucionarios, o sobre cuándo tales transformaciones tienen lugar sin tales movimientos. En este contexto es interesante apuntar que muchas de las condiciones que frecuentemente se han destacado como causas de las revoluciones —tales como la decadencia política de los regímenes, las luchas inter e intraelitistas, conflictos de clases y rebeliones— también han sido identificados en la literatura correspondiente como las causas del declive o de una importante transformación interna de los grandes imperios [S. N. Eisenstadt (ed.), 1967, 1969].

Estas suposiciones acerca de las revoluciones y el cambio social han estado estrechamente relacionadas con algunos de los desarrollos teóricos y controversias principales de la sociología. Principalmente han estado relacionados con visiones sistemáticas de la sociedad, es decir, visiones que suponen que a consecuencia de la naturaleza sistémica de la vida social, los diversos aspectos de un orden macrosociológico tienden a cambiar juntos en un tiempo y dirección relativamente iguales. Esta visión ha sido compartida de forma bastante paradójica por dos planteamientos teóricos aparentemente opuestos: el estructural-funcional y el marxista o neomarxista. Ambas visiones comparten estas suposiciones básicas sobre la «totalidad» del

cambio y su «innovación» y discontinuidad. Estas suposiciones comunes se derivaban de la herencia del análisis del cambio social de los humanistas que acuñaron el concepto de etapa para denotar los movimientos y formas de cambio más importantes en las sociedades humanas (S. N. Eisenstadt, 1973; R. Nisbet, 1969).

En otro estudio he analizado (S. N. Eisenstadt y M. Curelaru, 1976) las controversias teóricas que se han desarrollado en torno a estos planteamientos y suposiciones de la sociología y su impacto potencial en el análisis del cambio social. Baste señalar aquí que la misma confrontación entre los principales planteamientos analíticos de la sociología apunta posibilidades de reorientación teórica. De aquí emerge un planteamiento mucho más diferenciado para analizar la construcción de un orden macrosocietal y unas tradiciones culturales, su dinámica y los procesos de cambio en su interior. Tal planteamiento asegura un reconocimiento creciente de la importancia del entrelazado de las dimensiones simbólicas de la acción social con las organizativas en la construcción de un orden macrosociológico. También reconoce la existencia, en todo orden macrosocial, de una multiplicidad de niveles u organizaciones, de sistemas sociales y tradiciones culturales. Esta reorientación también indica de forma sistemática cómo la combinación de tales niveles diferentes de organización social y cultural genera en todo sistema social tendencias al conflicto y al cambio. Indica que en tanto que las propensiones al conflicto y al cambio son inherentes a la misma construcción del orden macrosocietal, la naturaleza, ubicación u orientaciones de tales conflictos, contradicciones y propensiones al cambio varían mucho en las diferentes sociedades según su combinación específica de características simbólicas y estructurales-organizativas. La naturaleza y ubicación de tales movimientos varía según la forma en que se combinan las orientaciones simbólicas principales y los códigos en los modelos culturales predominantes y secundarios. Esta naturaleza varía con la dinámica interna de estos modelos y con las formas de institucionalización de tales modelos en marcos ecológicos e institucionales diferentes, especialmente porque estos modelos se institucionalizan en la construcción de centros y en la interacción entre las diferentes *élites* y los principales grupos sociales y estratos. Contrariamente a la suposición de muchas teorías clásicas, este planteamiento también muestra que los procesos conducentes al cambio sistémico no coinciden de forma igual y necesaria en todas las esferas institucionales y colectividades del orden macrosocietal.

Volviendo a nuestro interés inicial en los movimientos sociales y las revoluciones, nuestro planteamiento asume que la combinación de los componentes de la acción social que encierra la revolución pura o real es un

tipo especial de proceso a través del cual han tenido lugar el cambio social y la transformación en las sociedades humanas. En otras palabras, mientras que el conflicto social, las heterodoxias, rebeliones, cambio y transformaciones son inherentes a las sociedades humanas, esta constelación o combinación específica de elementos reunidos en la imagen de la revolución auténtica no es la única vía natural del cambio «real sistémico», sino sólo una de las vías posibles. De acuerdo con esto es importante identificar el tipo de sociedades o civilizaciones, así como las condiciones sociohistóricas específicas en las que puede desarrollarse la tendencia a la revolución «pura». Este es el problema que vamos a tratar ahora.

II

EL TRASFONDO HISTORICO DE LAS REVOLUCIONES. LAS SOCIEDADES IMPERIAL E IMPERIAL-FEUDAL Y SUS MODELOS DE CAMBIO INTERNOS

Empezaremos con el hecho histórico simple y aun así básico de que las revoluciones «reales» se han producido en muy pocas sociedades —la Gran Rebelión y la Gloriosa Revolución en Inglaterra, la Revolución americana, la francesa, las revoluciones rusa y china, posiblemente la Rebelión de los Países Bajos, en el siglo XX la vietnamita (del Norte) y también las revoluciones turcas. Además, todas ellas tuvieron lugar en etapas determinadas de la transición a la modernización de sus respectivas sociedades [G. Griffiths, 1960; S. A. Mardin, 1971; B. Mazlich, 1971; G. Nadel, 1960; Heinz Schilling, 1976; H. U. Wehler (ed.), 1976; I Schoffer, 1961].

Por esta razón puede ser interesante ver si estas sociedades y las circunstancias históricas en las que se produjeron las revoluciones comparten algunas características comunes. Un análisis más detallado nos muestra, efectivamente, tales características comunes. Ante todo, estas sociedades pertenecían a los tipos de sistema político imperial o imperial-feudal [S. N. Eisenstadt (ed.) 1971a, págs. 221-249]. Pertenecían a algunas de las llamadas grandes civilizaciones o grandes tradiciones de la humanidad y se basaban en modelos culturales altamente articulados que portaban distintos grupos. Generalmente estos grupos se organizaban en enclaves institucionales especiales y se caracterizaban por sus demandas universales, que en principio (sobre todo en el caso chino) trascendían los límites nacionales, regionales y políticos.

Tiene especial interés señalar aquí el hecho de que ya en sus marcos tradicionales estas sociedades o civilizaciones y otras similares desarrollaron un modelo de cambio distinto al de otras sociedades «tradicionales» o «his-

tóricas», especialmente las llamadas sociedades patrimoniales y la mayoría de las ciudades-estado [S. N. Eisenstad (ed.) 1971a, págs. 138-220] y federaciones tribales, con la excepción de algunas del Cercano Oriente, sobre todo las antiguas federaciones tribales israelita e islámica y las grandes ciudades-estado de la antigüedad clásica (griega y romana). En estos sistemas, imperial y temporal e imperial-feudal, el modelo de cambio manifiesta algunas formas relativamente próximas a las que se consideran en la imagen del cambio revolucionario. Los ejemplos más importantes de esto son el romano y el helenístico, el chino, el bizantino, el ruso, el abbasida, el otomano y los principales regímenes del Oeste y de Centro Europa [S. N. Eisenstad (ed.), 1971a, págs. 221-244].

La característica más significativa de los modelos de cambio que se desarrollaron en estas sociedades fue un grado relativamente alto de interpenetración entre las dimensiones del orden macrosocietal, altas cotas y direcciones de cambio de las colectividades y los marcos institucionales, alto grado de reestructuración interna del propio sistema político y estrechas relaciones entre los distintos momentos de protesta y lucha social, así como un nivel muy alto de articulación de los sucesos políticos y de organización (S. N. Eisenstadt, 1969).

Aun dentro de estos sistemas imperiales e imperial-feudales los tipos más frecuentes de cambio eran dinásticos. A veces iban ligados a cambios en los límites de un régimen político y también a veces, como en el caso del Imperio bizantino, conducían a la desaparición del régimen político, sin producir la desaparición concomitante de otras comunidades étnicas, religiosas o regionales o de complejos institucionales culturales o económicos. En estos imperios y sociedades imperial-feudales se desarrollaron otros modelos en los que el grado de interpenetración entre los cambios de los regímenes políticos y otros aspectos del orden macrosocietal era mucho mayor. De este modo los cambios de estos imperios dinásticos a veces se relacionaban con los cambios en la composición de las *élites* políticas, en la estructura de un estado más amplio, en las instituciones políticas centrales. Estas también se relacionaban con los cambios en el predominio relativo de algunos grupos principales en la arena política, incluso con la asunción directa o con la usurpación del poder político y de la toma de decisiones por parte de nuevos grupos como, por ejemplo, militares o algunos grupos de la alta burocracia. Además, tales cambios estaban frecuentemente relacionados con mutaciones en la estructura intergrupal y en la distribución del poder en la sociedad. A menudo también se relacionaban con la emergencia de estratos nuevos o con cambios de largo alcance en los principios de la organización estructural de los grandes grupos existentes y en las relaciones entre las *élites* centrales

y grupos sociales más amplios y también en los principios de jerarquización de la sociedad. De esta forma, tales cambios estaban a menudo relacionados con las fortunas de las *élites* profesionales, culturales y religiosas y de las instituciones opuestas a los grupos más adscriptivos. También se relacionaban con los cambios en el equilibrio del poder entre el monarca y la aristocracia y entre la aristocracia, los grupos urbanos y el campesinado libre o con los cambios en el poder e independencia de la burocracia, así como con los cambios en los principios de articulación política de tales grupos, dentro de los diversos accesos autónomos mutuos o hacia el centro de los diferentes grupos.

Estas sociedades muestran una relación mucho más estrecha en las proporciones y en la reestructuración de las diferentes partes del orden macrosocietal que la que puede encontrarse en otros tipos de sociedades tradicionales, tales como la ciudad-estado patrimonial o los sistemas tribales ya mencionados. Incluso en las sociedades imperiales los límites efectivos de las colectividades «étnicas», «religiosas», «culturales» y «políticas» y de los sistemas institucionales (económico, social y religioso) tienden a variar. Muchas «grandes tradiciones» sobrevivieron, sobre todo en forma de iglesias, como la ortodoxa griega, después de la caída de sus respectivos imperios. Pero en tales situaciones, con la única excepción del Islam, estas grandes tradiciones tendieron a convertirse en algo frágil, restringido y menos dinámico, en fuerte contraste con desarrollos paralelos en la sociedad budista o hindú [Louis Dumont, 1970; Milton Singer, 1972; Burton Stein (ed.), 1976; S. J. Tambiah, 1976].

Las colectividades étnicas, regionales o nacionales o las sectas religiosas que pervivieron más allá de la terminación de sus imperios fueron más adaptables y continuadas. Pero también su articulación y organización tendió a ser relativamente débil después de la terminación de sus imperios, especialmente si de nuevo se comparan con desarrollos similares en las sociedades hindú o budista. Una imagen similar surge al respecto de la relación entre la continuidad de los marcos económicos y los límites políticos de los imperios. Mientras que los empresarios económicos —sobre todo los comerciales y los «industriales»— tenían muchos contactos y mercados «exteriores», el grueso de sus actividades se encontraba dentro de los límites imperiales y sus fronteras políticas. De forma similar, la articulación de las jerarquías sociales y los estratos, así como la extensión de la conciencia del *status*, se relacionaban estrechamente con los límites imperiales. Por tanto, los cambios en la extensión y en los principios estructurales de los sistemas económicos o en la formación de estratos tendían a chocar directamente con los centros políticos, mientras que de forma concomitante los cambios de

largo alcance en los regímenes políticos podrían afectar a las esferas económica o social.

III

REBELIONES, HETERODOXIA Y LUCHA POLITICA EN LAS SOCIEDADES IMPERIAL E IMPERIAL-FEUDAL

En estrecha relación con estos modelos de cambio, en los sistemas imperial-feudales se desarrolló una tendencia a articular la ideología de la lucha política, que subrayó su relación con otros movimientos de rebelión y protesta (S. N. Eisenstadt, 1969, 1971a, págs. 250-313).

Esta articulación y organización de la lucha política condujo al surgimiento de líderes políticos o gestores que intentaron representar los valores o intereses de amplios grupos y estados y no sólo de los «estrechos» grupos de organización familiar. Frecuentemente los propios dirigentes, sus representantes o miembros de la *élite* dirigente desempeñaron tales papeles de liderazgo. En la mayoría de estos regímenes se desarrollaron tipos de organización política más diferenciados y autónomos, como bandas y partidos políticos semiorganizados. Esto ocurría aun cuando su continuidad de organización y su autonomía diferenciadora de otras esferas sociales era mucho menor que la de los partidos políticos modernos. Estos sistemas políticos también mostraban tendencias a la interpenetración entre los principales tipos de protesta, es decir, entre rebeliones y herejías, entre éstas y la edificación institucional de *élites* secundarias, sobre todo en las esferas económica y cultural, y entre cada una de éstas y la lucha política y los procesos más centrales. En los estados imperiales algunas de estas conexiones podían convertirse en algo más que meras coaliciones *ad hoc*. Podían dar origen a una «combinación» organizativa y simbólica más estrecha de estos movimientos, generando posiblemente nuevos modelos institucionales simbólicos y de organización. Esta última tendencia se relacionaba estrechamente con un alto nivel de articulación simbólica e ideológica de la lucha política, parte de la cual se centraba en una redistribución a largo plazo de los recursos económicos (especialmente la tierra y las deudas) entre la comunidad. A veces esto podía fundirse en una lucha sobre los contornos socioeconómicos del conjunto de la comunidad y sobre el contenido y los modelos de participación en su centro, o sobre el alcance de la participación de los diferentes grupos sociales en su vida política, o sobre lo que en un lenguaje político más moderno se podría llamar el alcance de la igualdad política.

El modelo de cambio que se desarrolló en otras sociedades tradicionales —especialmente en las llamadas sociedades patrimoniales, tales como la del

antiguo Cercano Oriente y la persa, la mayoría de los reinos del Sureste Asiático y la mayoría de las ciudades-estado y federaciones tribales del Mediterráneo antiguo— se caracterizaba por rasgos distintos. Aunque razones de espacio no nos permiten un análisis de este modelo con el mismo detalle que hemos dedicado al modelo imperial e imperial-feudal, podemos señalar brevemente alguna de sus características principales. Este modelo de cambio se caracterizaba por un nivel relativamente bajo de interpenetración de los cambios en los principios y límites de los regímenes y otras colectividades e instituciones y por la tendencia afin de segregación entre los diferentes tipos de movimientos de protesta y lucha política [S. N. Eisenstadt (ed.), 1971a, págs. 138-177; 1973].

La comparación entre estas dos pautas de cambio en sociedades tradicionales indica que existe una estrecha relación entre el grado de convergencia de los diferentes tipos de movimientos de protesta, entre ellos y la lucha política central por un lado y el grado de interpenetración entre los cambios de los diferentes componentes del orden macrosocietal.

A más estrecha relación entre estos movimientos, procesos e innovaciones institucionales, más alto grado de segregación entre los diferentes tipos de movimientos de protesta y lucha política y más bajo grado de interpenetración en los cambios de los diferentes componentes del orden macrosocietal.

Incluso en las sociedades tradicionales, especialmente en las clásicas ciudades-estado de la antigüedad griega y romana y en el Cercano Oriente, concretamente en las antiguas federaciones tribales israelita e islámica, existen claramente algunas excepciones a esta correlación entre interpenetración de movimientos de protesta y convergencia de los cambios en las diferentes dimensiones del orden macrosocietal. Además, dentro de cada uno de los modelos de cambio ideales típicos ya analizados se desarrollaron muchas variedades, pero renunciamos a analizarlas aquí debido a las limitaciones de espacio.

Continuaremos, en cambio, con la siguiente cuestión: la de si es posible identificar las características sociales y culturales de las sociedades imperiales e imperial-feudales por un lado y las patrimoniales por otro, que expliquen el desarrollo de diferentes modelos de cambio en su interior.

IV

ORIENTACIONES CULTURALES Y RELACIONES CENTRO-PERIFERIA EN LAS SOCIEDADES IMPERIAL E IMPERIAL-FEUDAL

No es fácil identificar las condiciones que explican las diferencias principales de los modelos de cambio en las sociedades imperiales y patrimo-

niales en términos de las variables frecuentemente subrayadas en la literatura sociológica, tales como el tipo de división social del trabajo y el grado de desarrollo económico, de diferenciación estructural o de relaciones o lucha de clases. Antes pueden identificarse por otras características de estas sociedades o civilizaciones que nos acercan a la resolución de algunos de los problemas a que se enfrenta el análisis sociológico tal como lo hemos identificado ya.

En primer lugar, estas características se pueden encontrar en algunas de las orientaciones predominantes en estos diferentes tipos de sociedad. En segundo lugar, pueden encontrarse en la combinación de la primera con las características estructurales de sociedades que poseen niveles similares de tecnología por un lado y de diferenciación estructural o de composición de clases por otro. Las más importantes de tales características, como veremos con más detalle más adelante, son las estructuras de sus centros y de sus relaciones centro-periferia, la estructuración de las jerarquías sociales, de la formación de estratos y de las colectividades principales.

Las sociedades imperiales e imperial-feudales muestran también un predominio de diversas orientaciones culturales específicas o códigos. Como ya hemos indicado, la mayoría de estos imperios —con la excepción parcial del romano y el helenístico— se desarrollaron en estrecha relación con alguna de las grandes civilizaciones o tradiciones. Estas incluyen la particular mezcla china de confucionismo, taoísmo y budismo; la tradición cristiana en su variedad y la islámica. La mayoría de estas tradiciones, con la excepción del tardío Islam, surgieron en la llamada Edad Axial, es decir, hacia el primer milenio antes de Cristo. Este período contempló la irrupción de algunas de las grandes civilizaciones y los respectivos «saltos» en la historia de los grandes innovadores culturales: los profetas hebreos, los filósofos griegos, Jesús y sus discípulos, Confucio, los codificadores de la tradición brahmán y Buda (S. N. Eisenstadt, 1969).

La mayoría de estas tradiciones o civilizaciones compartían también las orientaciones culturales o códigos básicos. En primer lugar, poseían la concepción de un alto nivel de autonomía y distinción entre los órdenes cósmico y mundano, y al mismo tiempo de su mutua pertinencia. En segundo lugar, mientras compartían con otras civilizaciones —como la hindú y la budista— una fuerte tensión entre el mundo cósmico y el mundano, en estas civilizaciones los regímenes imperial e imperial-feudal desarrollados intensificaron la resolución de la tensión, que no se encuentra en la negación total de este mundo, sino en las esferas política, militar, cultural y económica (especialmente en el caso europeo) que constituyen un puente entre el mundo trascendental cósmico y el mundano.

En tercer lugar, estas civilizaciones marcaron un alto nivel de compromiso de los diferentes sectores de la población con los órdenes cósmico y social, y el acceso autónomo de al menos algunos estratos de estas sociedades a los principales atributos de estos órdenes.

La característica más importante de las relaciones centro-periferia en las sociedades imperial e imperial-feudales (S. N. Eisenstadt, 1968, 1971b, páginas 87-119) era un alto grado de diferenciación del centro y su percepción como una unidad simbólica y de organización diferenciada. Los centros aspiraban no sólo a extraer recursos de la periferia, sino también a penetrarla y reconstruirla simbólicamente y movilizarla estructuralmente. Muchas de estas sociedades también desarrollaron un potencial de incidencia de al menos parte de la periferia sobre el centro o los centros.

En todas estas sociedades los centros políticos, y en alguna medida también los cultural-religiosos, se concebían como un foco autónomo de los elementos carismáticos del orden sociopolítico y a menudo también del cósmico-cultural, como la principal personificación de las cualidades carismáticas del orden cósmico, tal como se reflejaban o se relacionaban con el orden social. Eran estos centros —políticos, religiosos y culturales— los que personificaban las grandes tradiciones que también se desarrollaron en estas sociedades de forma diferenciada de las tradiciones locales, no sólo en el contenido, sino también en sus propias características simbólicas y organizativo-estructurales. En términos estructurales la diferenciación y autonomía de los centros imperiales era especialmente evidente en su separación de otras unidades sociales de la periferia y en su facultad de desarrollar y mantener sus propios símbolos específicos y criterios de reclutamiento y organización. En la mayoría de estas sociedades los órdenes sociopolítico y cultural representados en los centros se concebían para abarcar la periferia más allá de sus propias tradiciones locales específicas. Al revés de los patrimoniales, los sistemas imperiales funcionaban sobre el supuesto de que la periferia podía verdaderamente tener algún acceso, al menos simbólico, al centro y que tal acceso se debía en gran medida a la contingencia de alguna debilidad en el entramado social y cultural, en la autosuficiencia y en el desarrollo de alguna orientación activa hacia el orden social y cultural del centro. Esta penetración de la periferia por el centro era evidente en el desarrollo por parte de los centros de extensos canales de comunicación que subrayaban sus diferencias simbólicas y culturales y sus intentos de romper —aunque fuera ligeramente— los lazos adscriptivos de los grupos de la periferia. La incidencia de la periferia sobre el centro era más débil que la penetración de la periferia por el centro. Aunque fuera débil, esta tendencia estaba también reforzada —si bien en distintos grados en las diferentes sociedades imperia-

les— por una potencial multiplicidad de centros y colectividades, de comunidades «étnicas», religiosas y políticas, así como por la gran extensión de sus mercados respectivos.

V

ESTRUCTURACION DE JERARQUIAS Y COLECTIVIDADES EN LAS
SOCIEDADES IMPERIAL E IMPERIAL-FEUDAL

En las relaciones centro-periferia estas sociedades desarrollaron algunas características comunes en la estructuración de las jerarquías sociales y la formación de estratos. La primera, tanto en las sociedades imperiales como en las feudal-imperiales, era la tendencia de los límites de los estratos principales a ser relativamente concomitantes dentro de los respectivos marcos políticos (y «de la civilización», en las sociedades imperial-feudales). Al contrario de las sociedades patrimoniales, estos marcos y sus símbolos erigieron referentes básicos de los símbolos del *status* de al menos el más activo y poderoso de los grupos. En estrecha relación con esto surgían algunas tendencias a la articulación relativamente autónoma de extensos estratos, con conciencia de una extensión relativa de la identidad de *status* o de clase como algo distinto, pero relacionado con la esfera política y en cierto grado también con la cultural.

Estas amplias tendencias tuvieron sus manifestaciones más concretas en: a) la existencia de al menos algunos estratos con acceso autónomo a los atributos sociales y culturales que servían de base a los criterios sobre los *status* y con acceso autónomo concomitante a los centros de la sociedad; b) asociación de *status*, especialmente entre los estratos más autónomos o centrales, entre los grupos ocupacionales relativamente diversificados e incluso similares; c) un alto grado de conciencia —de nuevo, principalmente entre los estratos más autónomos o centrales— de la extensión de los estratos y menor importancia, desde el punto de vista de la formación de estratos, de los elementos étnicos, religiosos o regionales, y d) articulación política y expresión de la conciencia de estrato.

La combinación de la estructura política de los sistemas imperiales y las orientaciones culturales predominantes de sus tradiciones también generaba una dinámica determinada en la estructuración de las relaciones entre las colectividades y los complejos institucionales de sus respectivas sociedades. Mostraban un alto grado de simbolización ideológica de las principales colectividades religiosas, políticas e incluso étnicas o nacionales. En segundo lugar, aunque cada colectividad poseía un alto grado de autonomía y límites

diferenciados, aun en la mayoría de estas civilizaciones las diferentes colectividades tendían a constituirse en referentes mutuos (por ejemplo, ser un buen helenista se identificaba con la ciudadanía del Estado bizantino, y viceversa) y también se desarrollaba una tendencia a subrayar un cierto modelo de interpenetración «ideal» entre sociedades que conducía a intentos de disponerlas en un orden jerárquico, proporcionando también así un foco de lucha potencial continua entre sus respectivos portadores o representantes.

VI

ORIENTACIONES SIMBOLICAS, ESTRUCTURACION DE INSTITUCIONES Y MODELOS DE CAMBIO

Este análisis revela una relación muy estrecha entre el grado de interpenetración entre manifestaciones de protesta, edificación institucional, los niveles de articulación e ideologización de la lucha política, y de trabazón de los cambios en el sistema político con los de otros componentes del orden macrosocietal y el grado de diferenciación del centro, relaciones centro-periferia, los principios de jerarquización y tipos de orientaciones culturales. También muestra que la tendencia a tal articulación e interpenetración tiende a ser mayor en aquellas sociedades que se caracterizan por: 1) una diferenciación simbólica e institucional elevada del centro y de la periferia; 2) una amplia orientación de los estratos relativamente autónoma y una multiplicidad de *élites* secundarias autónomas, y 3) orientaciones culturales a un alto nivel de tensión entre el orden trascendental y el mundano, una orientación fuertemente mundana hacia una resolución de esta tensión y/o un alto nivel de compromiso con ella para no darla por supuesta.

Las diversas sociedades patrimoniales son lo opuesto a esto: En estas sociedades hay: 1) un bajo nivel de diferenciación simbólica e institucional entre el centro y la periferia y una estrecha asociación de *status*; 2) un pequeño grado de autonomía de las *élites* secundarias y la orientación cultural predominante que presenta un bajo nivel de diferenciación y tensión entre el orden trascendental y el mundano o un alto nivel de tal diferenciación para el cual la resolución es extramundana, y 3) el bajo nivel de compromiso con el orden sociopolítico e incluso con el cultural y la tendencia a aceptarlo como dado se caracterizan por una tendencia a la segregación de movimientos de rebelión, heterodoxia, edificio institucional, protesta y lucha social.

De este modo vemos una relación estrecha o paralelismo entre el grado

de articulación simbólica o «problematización» en las orientaciones culturales respectivas de algunos de los problemas principales de la existencia humana por un lado y un alto grado de diferenciación simbólica e institucional de los aspectos principales del orden social por el otro. Delimitamos el grado de articulación simbólica de los problemas de la existencia humana, de la naturaleza y, por tanto, de la vida social; su problematización es mayor, ya que ninguna formulación de estos problemas acepta los datos de la existencia humana tal como vienen dados, sino que cuestiona algunos de estos datos y premisas. Esto es de alguna manera análogo a la definición de racionalización de C. Geertz: «La tendencia a plantear los problemas básicos de las esferas simbólicas principales en términos de abstracción creciente de su formulación, de una abstracción creciente lógica de su formulación, de creciente coherencia lógica y expresión general» (Clifford Geertz, 1973). Tal problematización, sin embargo, no necesita ser «racional» en el sentido habitual de la palabra, puede desarrollarse por ejemplo en direcciones místicas o ascéticas y orientaciones o códigos culturales diferentes generan distintos grados de no aceptación de los supuestos de la existencia humana.

Tal articulación problemática es mayor cuando existe: 1) una percepción de las tensiones entre el orden trascendental y el mundano, y 2) un alto grado de compromiso con tal orden cuando no se acepta como dado y cuando el esfuerzo por resolver la tensión entre los mundos trascendental y mundano se encuentra en lo mundano y no en lo extramundano. El grado más alto de tal articulación simbólica de la «problemática» de la existencia humana está relacionado con una simbolización paralela de los principales aspectos de la estructura institucional, es decir, un alto grado de diferenciación del centro y de la articulación simbólica de las relaciones centro-periferia, de las jerarquías sociales y de la estratificación, así como de un componente altamente ideológico en el proceso de lucha política. En tales casos, siendo iguales otras condiciones, se podrían desarrollar algunas relaciones entre los distintos tipos de rebelión, heterodoxia y lucha política, así como la interpenetración en las proporciones y dirección del cambio de las diferentes esferas institucionales.

VII

LA AUTONOMÍA DE LAS «ELITES», EMPRESARIOS («ENTREPRENEURS») INSTITUCIONALES Y MODELOS DE CAMBIO

La mera insistencia en tal paralelismo entre estas dos formas de articulación simbólica no explica las relaciones de éstas con los diferentes modelos

de cambio. En realidad puede recordar cierta clase de emanantismo muy parecido al que se atribuyó a muchos estructuralistas puros, como Levi-Strauss [I. Rossi (ed.), 1974].

Para superar esta deficiencia es necesario especificar los mecanismos sociales actuales y los actores que portan estas orientaciones simbólicas en la esfera institucional. La clave de este problema no está tanto en los mecanismos de la división social del trabajo que normalmente resalta la literatura —tales como el grado de diferenciación estructural, o estructura y antagonismo de clases— como siguiendo las percepciones más elementales de Weber en la naturaleza de los diversos empresarios o *élites* institucionales principales. En primer lugar, están las *élites* funcionales frecuentemente citadas en la literatura sociológica, pero están también los articuladores de los modelos del orden cultural y de la cohesión de las principales solidaridades adscriptivas. En segundo lugar, están los principales marcos institucionales —regulador, legal y comunicativo— en que funcionan estos empresarios. Por un lado están los más activos portadores de las orientaciones culturales, mientras que por otro están las coaliciones diferentes de estos empresarios que aseguran la articulación institucional y simbólica de las distintas acciones colectivas, organizaciones y movimientos y las relaciones entre éstos. De esta forma, estas coaliciones configuran, en primer lugar, los principales rasgos institucionales de una sociedad —especialmente las relaciones centro-periferia características y los modelos de formación de estratos dentro de ellos—. En segundo lugar, las coaliciones configuran la articulación institucional y simbólica de los movimientos de rebelión, protesta y lucha política, así como los distintos tipos de contradicciones sistémicas que se desarrollan en las diferentes sociedades.

Así, las mismas actividades y mecanismos que construyen los marcos institucionales principales de toda sociedad son también las más importantes potencias de cambio en su interior, configuradoras en gran medida de los modelos y la dirección del cambio.

La estructura de tales actividades de los empresarios proporciona el nexo crucial entre las orientaciones culturales y la estructura institucional, y la diferencia en la estructura de tales empresarios explica algunas relaciones entre los tipos de orientaciones culturales y modelos institucionales en general y los diferentes modelos de cambio en particular.

Las diferencias más importantes en las características de tales *élites* y empresarios son: 1) el grado de su diferenciación simbólica e institucional y de su autonomía; 2) sus relaciones con grupos y estratos adscriptivos más amplios, y 3) la autonomía concomitante de los marcos institucional, profesional, legal o de comunicación dentro de los cuales operan estos empresarios.

Lo opuesto a tal autonomía no es necesariamente la inexistencia de diferentes tareas especializadas, sino más bien su absorción en colectividades o redes adscriptivas más amplias. Así, tal autonomía no ha de ser equiparada a la especialización y la diferenciación en términos de división social del trabajo. Se refiere más a la definición simbólica autónoma y a las bases institucionales de estas actividades.

Por un lado, la extensión de tal autonomía de los empresarios depende en gran parte de los tipos de orientación simbólica portados por estas *élites*. Cuanto más generen los códigos la problematización de los datos de la existencia humana, más fuerte también será la tendencia a la cristalización autónoma de tales *élites* y marcos. Por otro lado, la mayor autonomía de los empresarios y de los marcos reguladores dentro de los que actúan, mayor también será la tendencia a un alto nivel de articulación simbólica de los principales componentes del orden social y al acceso autónomo mutuo de tales *élites* y colectividades a un alto grado de relaciones mutuas entre él y su convergencia común en los centros, así como la tendencia de tales empresarios a organizar la acción colectiva en general y las rebeliones y luchas políticas en particular en formaciones relativamente «autónomas».

VIII

ORIENTACIONES CULTURALES, ESTRUCTURA DE LAS «ELITES» Y MODELOS DE CAMBIO. CONCLUSIONES ANALITICAS

El material sobre los dos tipos ideales de sociedades analizadas —las imperiales e imperial-feudales por un lado y las patrimoniales por otro— confirma la relación entre los tipos de empresarios, los perfiles institucionales y los modelos de cambio.

Así, en las imperiales e imperial-feudales (y en las ciudades-estado y federaciones excepcionales) el más alto grado de diferenciación simbólica del centro y de la formación de estratos lo ostentaba una multiplicidad de *élites* funcionales y representativas de la solidaridad de colectividades diferentes que poseían bases autónomas y acceso potencialmente autónomo al centro y a otras. Estas *élites* con incidencia en los centros, junto con la periferia, son las que conformaban los distintos movimientos de protesta y de actividades políticas y lucha en su interior. Cada una de estas *élites* secundarias de articuladores de la solidaridad de las diferentes colectividades, de modelos culturales y tradiciones, de empresarios políticos, podría convertirse en el punto de partida de determinados movimientos de protesta o de lucha polí-

tica con un nivel más alto de articulación organizativa y simbólica y con algunas orientaciones potenciales y nexos entre ellos y el centro.

Como contraposición a esto, en las ciudades-estado y regímenes tribales patrimoniales encontramos una combinación de indiferenciación estructural entre el centro y la periferia, un alto grado de segregación de *status*, una más débil articulación organizativa y simbólica de los movimientos de rebelión, conflictos y nexos entre ellos y el centro. Esta combinación se relacionaba con un nivel relativamente bajo de articulación simbólica de las diferentes colectividades, así como de las *élites* secundarias, tanto funcionales como articuladoras de modelos culturales o de solidaridad de colectividades diferentes; con un alto grado de absorción de tales empresarios institucionales en grupos adscriptivos con poca autonomía simbólica y organizativa, acceso autónomo al centro o nexos entre sí.

Estos materiales también indican algunas de las razones de las relaciones entre tipos de empresarios, perfiles institucionales y modelos de cambio. En primer lugar, por su misma extensión más allá de los datos de la existencia humana y de la organización social, la problematización de la existencia humana genera las potencialidades del desarrollo de conceptos alternativos del orden social, político o cultural que difieren del existente no sólo en el sentido de la reversión de las disposiciones existentes, sino también en el de ir más allá de éstas.

En segundo lugar, la articulación simbólica de los aspectos principales de la organización social tiende a generar algunos recursos de libre flotación en potencia, es decir, recursos o actividades que no encajan totalmente en las unidades existentes, sobre todo en las adscriptivas, tales como familias, comunidades o corporaciones.

En tercer lugar, los empresarios institucionales más autónomos a menudo actúan como activadores de las concepciones alternativas del orden social y organizadores de esos recursos libres que ligan con actividades de esferas diferentes y posiblemente cristalizan en nuevas direcciones que conducen a un cambio potencialmente transformador.

IX

LOS MARCOS HISTORICOS Y LAS CONDICIONES DE LAS REVOLUCIONES

La combinación de las características culturales y estructurales que se pueden encontrar en las sociedades imperiales e imperial-feudales genera

procesos de cambio de alguna manera similares a los que presenta la imagen de la revolución. Las orientaciones culturales «problemáticas» inspiraban visiones de nuevos tipos de orden social, mientras que las características organizativas y estructurales proporcionaban los marcos por medio de los cuales se podían institucionalizar ciertos aspectos de estas visiones y las dos se combinaban en las actividades de los empresarios ya analizadas.

Por medio de la interacción entre estas características estructurales y culturales, las diferentes condiciones apuntadas por la literatura conducían a la revolución. Estas condiciones de la revolución son, como ya hemos visto, la competencia intra e interelitista, su entrelazado con movimientos sociales más amplios, la articulación política del sentimiento de privación relativa de grupos más amplios relacionados entre sí que de esta manera condujeron a los estallidos de las revoluciones «reales» y a los cambios institucionales concomitantes. En otros tipos de sociedad, mientras estos variados tipos de «precondiciones» o catalizadores posiblemente conducen también a la terminación de los regímenes, a guerras internas y a algunos cambios de largo alcance, no conducen ni a una dirección «revolucionaria» ni al tipo de transformación social con ella relacionada.

Pero el «mero» predominio, dentro de estas sociedades, de las orientaciones culturales ya mencionadas y de características estructurales no explica ni asegura resultados revolucionarios. Incluso en estas sociedades, las primeras revoluciones modernas «auténticas» constituían una especie de «mutación», un tipo enteramente nuevo de proceso de cambio. Estas revoluciones se desarrollaron sólo en circunstancias sociohistóricas muy específicas que mencionaremos aquí aunque sea muy brevemente. Las circunstancias más importantes son las de etapas relativamente tempranas de la transición a marcos modernos en los que se produce la coincidencia de los tres aspectos principales del paso de un marco «tradicional» a otro moderno. Estos aspectos son: en primer lugar, la transición de un modelo «tradicional» o cerrado de legitimación de la autoridad política, así como posiblemente también la de la definición de los símbolos de identidad colectiva a un modelo más abierto; en segundo lugar, la transición a un sistema abierto de estratificación, a un sistema de «clases» radicado o relacionado con una inclinación a la economía de mercado en general y a la economía industrial en particular, y en tercer lugar, y en estrecha relación con lo primero, la creación y/o incorporación de las unidades societales respectivas a series de sistemas internacionales políticos, económicos y culturales en continuo cambio.

La coincidencia de estas transiciones plantea una serie de problemas que requieren una redefinición de casi todas las principales premisas simbólicas y ordenamientos institucionales, tanto más cuanto que se refieren sobre todo

al acceso al poder y a la estructura de los centros políticos. El cambio socio-económico y la diferenciación crecientes traen los movimientos de protesta, lucha política e innovación, con mayor número de grupos preparados para la «movilización social», y la intensificación de los procesos de cambio generaba un mayor número de *élites* de empresarios institucionales que actuaran como agentes de tal movilización, como enlaces entre ellos mismos y entre los centros y estratos más amplios.

X

CONCLUSION

Por tanto, en estos tipos de situaciones de cambio las potencialidades de movimientos de protesta relacionados organizativa y simbólicamente —rebeliones y heterodoxias, lucha política central y el edificio institucional— podrán actualizarse y centrarse en la reconstrucción del orden social.

En estas circunstancias las potencialidades de cambio a través de la revolución se intensifican y se pueden desarrollar las mutaciones especiales de la revolución. Pero sólo —o principalmente— se tienden a desarrollar en aquellas sociedades que ya se han caracterizado por un modelo de cambio «coalescente». En estas sociedades las revoluciones emergen de la intensificación de esos procesos de cambio en la multiplicidad de las *élites* secundarias, de las *élites* políticas y económicas, junto con los articuladores de la solidaridad colectiva o de modelos culturales. Cada uno de ellos tiene una fuerte relación con la periferia y el centro. Las revoluciones también requieren el crecimiento de nexos y entre tales grupos y *élites* y entre ellos y los centros de las sociedades.

En otros casos que no podemos discutir aquí por razones de espacio, pero que trataremos en una obra más amplia, hay que indicar que es sólo la combinación de las características culturales y estructurales y de las circunstancias históricas ya analizadas lo que genera las potencialidades de las revoluciones. Así, el caso japonés —la restauración Meiji [Hall, 1970, caps. 13-16; Ward (ed.), 1968] indica que las estructuras imperial-feudales, cuando no están relacionadas con la percepción de tensiones entre el orden trascendental y el mundano, al mismo tiempo que dan origen a transformaciones estructurales de largo alcance, no dan origen a una revolución simbólica e ideológica en todos los órdenes. Las distintas sociedades islámicas —véase, por ejemplo, Vatikiotis (ed.), 1968— muestran que el predominio de la orientación cultural apropiada cuando no va unida a una estructura imperial

o imperial-feudal no da origen a «revoluciones completas» y sólo cuando —como en el Imperio otomano— se une a ellas genera tales potencialidades (Mardin, 1971).

El proceso de transformación social concomitante con el paso a la modernización en las sociedades «patrimoniales» (Eisenstadt, 1973) tampoco se conforma con el modelo de transformación «revolucionaria» ni tampoco los modelos de radicalismo y transformación social que se desarrollaron en las circunstancias históricas del paso a la tardía modernización, no a la modernización.

Así, este modelo particular de cambio social, subsumido en la imagen de las revoluciones, tiende a desarrollarse sólo en condiciones socio-históricas muy específicas y sólo en algunos tipos de sociedades o civilizaciones. En otras sociedades y en otras circunstancias históricas los cambios sociales y los procesos o reestructuraciones de amplio alcance se desenvuelven en modelos diferentes que todavía han de estudiarse de forma sistemática.

(Trad. Myriam Martínez García Barbón)

BIBLIOGRAFIA

- Comparative Politics*, VIII, 3 abril 1976.
- DAVIES, James C. (ed.): *When Men Revolt and Why*, Free Press, Nueva York, 1970.
- DUMONT, Louis: *Homo hierarchicus* (trad. inglesa M. Salisbury), Chicago University Press, Chicago, 1970.
- EISENSTADT, S. N. (ed.): *The Decline of Empires*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, 1967.
- EISENSTADT, S. N. (ed.): *The Political Systems of Empires*, Free Press, Nueva York, 1969 (Los sistemas políticos de los imperios. Revista de Occidente, 1966).
- EISENSTADT, S. N. (ed.): *Political Sociology*, Basic Books, Nueva York, 1971a.
- EISENSTADT, S. N. (ed.): *Social Differentiation and Stratification*, Scott and Foresman, Glenview Ill., 1971b.
- EISENSTADT, S. N. (ed.): *Tradition, Change and Modernity*, John Wiley, Nueva York, 1973, parte I.
- EISENSTADT, S. N. (ed.): *Traditional Patrimonialism and Modern Neopatrimonialism*, Sage, Beverly Hills, 1973.
- EISENSTADT, S. N., y CURELARU, M.: *The Form of Sociology-Paradigms and Crises*, John Wiley, Nueva York, 1976, capítulos 8, 10 y 13.
- FRIEDRICH, Carl J. (ed.): *Revolution*, Atherton Press, Nueva York, 1966.
- GEERTZ, Clifford: *The Interpretation of Cultures*, Basic Books, Nueva York, 1973, págs. 171-172.
- GRIFFITHS, G.: «The Revolutionary Character of the Revolt of the Netherlands», en *Comparative Studies in Society and History*, II, 4 julio 1960, págs. 452-472.

- GUSFIELD, Joseph R. (ed.): *Protest, Reform and Revolt. A Reader in Social Movements*, John Wiley, Nueva York, 1970.
- HALL, John Whitney: *Japan From Prehistory to Modern Times*, Dell Publishing Co., Nueva York, 1970.
- HUNTINGTON: *Political Order in Changing Societies*, Free Press, Nueva York, 1962.
- JOHNSON, Chalmers: *Revolution and the Social System*, Hoover Inst. on War, Revolution and Peace, Stanford University Press, 1964.
- KAMENKA, Eugene: «The Concept of Political Revolution», en C. J. FRIEDRICH (ed.): *Revolution*, Atherton Press, Nueva York, 1966, págs. 122-135.
- LANDSBERGER, Henry (ed.): *Latin American Peasant Movements*, Cornell University Press, Ithaca, 1969.
- LANDSBERGER, Henry (ed.): *Rural Protest*, Macmillan, Londres, 1974.
- MARDIN, S. A.: «Ideology and Religion in the Turkish Revolution», en *International Journal of Middle East Studies*, 2, 1971, págs. 197-211.
- MAZLICH, Bruce; KALEDIN, A. D., y RALSON, D. B. (eds.): *Revolution: a Reader*, Macmillan, Nueva York, 1971.
- NADEL, G.: «The Logic of the Anatomy of Revolution, with Reference to the Netherlands Revolt», en *Comparative Studies in Society and History*, II, 4, 1960, págs. 473-484.
- NISBET, R.: *Social Change and History*, Oxford Univ. Press, Nueva York, 1969.
- PAIGE, Jeffrey: *Agrarian Revolution: Social Movements and Export Agriculture in the Under-Developed World*, Free Press, Nueva York, 1976.
- RICHTER, Melvin: «Tocqueville's Contributions to the Theory of Revolution», en C. J. FRIEDRICH (ed.): *Revolution*, cit.
- ROSSI, I. (ed.): *The Unconscious in Culture: The Structuralism of Claude Levi-Strauss in Perspective*, Dutton, Nueva York, 1974.
- SCHILLING, Heinz: *Der Aufstand der Niederlande: Bürgerliche Revolution oder Elitenkonflikt «200 Jahre amerikanische Revolution»*, en H. U. WEHLER (ed.): *Geschichte u. Gesellschaft*, Sonderheft 2, Vardenhocck & Ruprecht, Göttingen, 1976, págs. 177-232.
- SCHOFFER, I.: «The Dutch Revolt Anatomized: Some Comments», en *Comparative Studies in Society and History*, III, 4 julio 1961, págs. 470-479.
- SINGER, Milton: *When a Great Tradition Modernizes*, Praeger, Nueva York, 1972.
- STEIN, Burton (ed.): *Essays on South India, Hawaii*, University of Hawaii Press, Asian Studies at Hawaii, 15, págs. 64-91.
- STONE, Lawrence: *The Causes of the English Revolution, 1529-1642*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1972.
- TAMBIAH, S. J.: *World Conqueror and World Renouncer*, Cambridge University Press, Nueva York, 1976.
- VATIKIOTIS, P. J. (ed.): *Revolutions in the Middle East*, George Allen and Unwin, Londres, 1972.
- WARD, Robert E. (ed.): *Political Development in Modern Japan*, Princeton University Press, Princeton, 1968.
- WEHLER, H. U. (ed.): «200 Jahre amerikanische Revolution», en *Geschichte u. Gesellschaft*, Sonderheft, 2, Vardenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1976, págs. 177-232.

